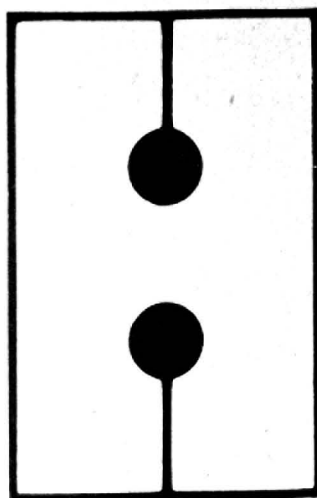


JACQUES
HAMELINK



ORROR
VACUI

Cuánto tiempo llevamos aquí no lo sé, calculo que ha transcurrido un lapso de un mes. Su reloj y el mío se detuvieron después de la caída y él no ha podido repararlos. Tampoco era necesario. Disponemos de un compás y un catalejo, dos instrumentos que han hecho mi confianza en mí misma más grande que al principio, aunque no veo la utilidad que tiene aquí el saber dónde queda el norte y aunque yo no use el catalejo. —Aquí no hay nada que ver como no sea nieve y cielo, ambas del mismo aciago color blanco.

Al principio él pisoteó la nieve en un sitio despejado para dibujar un gigantesco S.O.S. y una flecha apuntando hacia la pendiente boscosa donde la avioneta vino a dar. No porque esperáramos ser descubiertos, sino porque al fin y al cabo hay que cumplir todas las condiciones y no queríamos excluir la posibilidad de salvación.

En un principio yo tenía constantemente un hambre feroz, que por las noches no me dejaba siquiera adormilarme en el casco retorcido del avión, del que habíamos construido un refugio con fragmentos de lona y con nieve.

En vista de que al caer él había sufrido una fractura en la quijada y de que yo le había colocado alrededor de la cabeza una venda elástica de lona, él era incapaz de tomar alimento. De manera que yo dispuse de las dos latas de fruta y la caja de galletas que, junto con un martillo, una lata de aceite, un hacha y algunos otros utensilios, habíamos encontrado entre los restos. En las latas vacías derretí nieve con una pequeña lumbrera de ramas rociadas de aceite. Por fortuna traía fósforos en mi equipaje.

Los últimos días estoy durmiendo considerablemente mejor. La aguda sensación de hambre ha desaparecido. Me ha invadido una especie de tranquilidad inhumana, la tranquilidad de la nieve cuando ningún viento la turba. Hay un silencio sordo aquí. No hay pájaros, no hay huellas de animales en la nieve. Ignoro a qué altura nos encontramos sobre la superficie del mar.

El bosque, la alfombrada cima de una colina, que cubre la pendiente y se inclina hacia un hondo barranco, está formado de un tipo de conífera azulosa, no se cuál. Estos fueron los árboles que atraparon la avioneta y la azotaron como una hoja de lata. El se elevó por sobre los velos de neblina para mejorar la visión. Hacía tiempo que ya no hablaba, sólo miraba atento hacia enfrente, con los labios apretados, el mentón adelantado, su mentón puntiagudo con la pequeña ranura en el centro. De pronto el bosque surgió ante nosotros en una línea oblicua. Y alambradas de púas, una empalizada de hielo, corriendo atrocemente a nuestro encuentro.

El choque no fue inmediato. Primero fueron los arañazos contra el vientre de la máquina, el rechinar violento de tenaces ramas.

Cubos, barriles de nieve llovieron sobre las ventanas de la cabina de control.

Por un momento no vi nada más. La caída tardaba en terminar. Caíamos con alas que se rompían como cajas de cigarrillos y vigas

quebrándose por los desvanes del bosque y dimos al fin contra el suelo de nieve.

El tiempo transcurre extrañamente, arrastrando los segundos, los estira, corre de pronto como un perro que ha olfateado una huella, vuelve sobre sus pasos. Así pasa siempre, no es un suceso de mi vida, toda mi vida es este suceso único. Como una explosión, somos la doble bomba que cae a plomo. Penetramos a varios metros de profundidad en la capa de ramas que tensas nos rechazan. En nuestro derredor todo ofrece resistencia, se dilata ésta en círculos cada vez más amplios como ondas de radio. Al fin lo engloba todo. Por sí misma. Con su radar, con su sonda, él no ha podido lograr esto. Reparó el radio de a bordo cuando todavía no llevábamos mucho tiempo aquí, instaló una antena en un árbol. Entonces todavía venían aviones a buscarnos. Hace mucho que esto ya no sucede, se han dado por vencidos.

Cuando quiso entrar en contacto con uno de los aviones estalló una bombilla en el radio. Tuvo que desistir de su intento. Tampoco con señales de humo logró nada: el humo se quedó enroscado entre los árboles y no lo notaron allá arriba. Se hizo el silencio.

Al principio no podía acostumbrarme al silencio, causado al parecer por la capa de nieve que amortiguaba los sonidos y por la casi ausencia de viento. Esta situación continúa todavía. Tampoco la temperatura ha sufrido ningún cambio: el termómetro en nuestra cabaña indica -45° C.— Sin embargo, es más fácil protegerse contra este adversario, que a primera vista parece más peligroso que el blanco silencio de la nieve.

Con lona y con ropas procedentes de mis maletas, que desgarramos en tiras, hemos confeccionado zapatos para la nieve, lo que por otra parte nos proporcionó distracción. Luego rodamos bloques de nieve y los amontonamos, después de haberlos picado con el hacha en trozos cuadrados, contra las paredes exteriores de nuestra cabaña. Yo me rompí en la caída la pierna izquierda y él me hizo una tablilla de una de las vigas rotas del avión, tallándola con el hacha del ancho y el largo exactos. No me parece que la pierna, que además tiene serias magulladuras, se me esté curando. Me salen manchas azul oscuro, negruzcas, bajo la piel. Hinchazones. No sé lo que es.

El ha vagado alrededor de la barraca durante días enteros, en círculos cada vez más grandes, con el compás y el catalejo a cuestas. No le ayudaron gran cosa.

Cuando él no estaba aquí el silencio se volvía total e insoportable. Era como si la nieve me vigilara con su glacial aliento contenido y de pronto quisiera apoderarse de mí, enterrarme. La luz temblaba entre los troncos blancuzcos por el musgo, como cuchillas de una máquina que pudiera de repente empezar a girar entre los montones de nieve y pulverizarme.

Hablaba en voz alta para resistir el miedo, notaba que las palabras de mi idioma me salían difíciles y deformadas de la boca,

Jacques Hamelink (1939) ■ Traductor, poeta y novelista. En 1964 recibió el Premio Vijverberg y el Premio Van der Hoogt por su libro de cuentos *El reino vegetal*. Autor, entre otras obras, de *El día eterno* (poesía, 1964) y *El hombre rudimentario* (cuento, 1968).



si bien las heridas en los labios, que me había hecho al caer, estaban ya casi curadas. Me oía hablar a mí misma como se oye a alguien totalmente extraño, alguien por quien no se siente la menor simpatía.

Todavía podía pensar, pero a tropezones, en fragmentos separados por grandes manchas negras, o mejor de un blanco pálido, tal vez es lo mismo, hace ya tiempo que confundo los colores. En realidad aquí no existen los colores.

Debo forzar a mí misma a sacar conclusiones lógicas de diversas confirmaciones. Me hago preguntas lentamente, repitiendo las palabras, y procuro responderlas.

La nieve se frotaba contra las paredes de la cabina. Hubo un grito contenido, de un rojo sangre, y un rostro descompuesto, el suyo, sobre el que corrían gotas de sangre, al principio una por una, luego más y más rápidamente, en chorritos caprichosos, cada vez más. Nos inclinamos lentamente hacia adelante, el metal del tablero de mando me atenazó las piernas y les dio un mordisco. Yo grité, consciente, no de miedo sino porque me dolía, como si un tiburón me hubiera arrancado las extremidades inferiores a través del piso desfondado y yo estuviera desangrándome mortalmente. El me miró, le brotaba sangre oscura de una cortada abierta desde la ceja izquierda a la comisura de los labios. Sus manos sujetaban todavía la palanca de mando. Si cierro los ojos vuelvo a verlo y casi ya no los abro de nuevo. No porque tenga sueño, la fractura de la pierna sigue sin sanar, me duele, la carne comienza a tomar un color negro uniforme. La tablilla se aflojó hace unos días y yo sola no puedo sujetarla de nuevo.

Caigo y caigo y sigo cayendo acostada junto a él sobre los desechos y los cojines de los asientos del avión que forman nuestras camas, muy juntos. Como si duimiéramos cerca uno del otro para estimular el calor. Vivir significa producir calor, energía, dijo. La energía no se pierde, dijo. Permanece en algún lado.

Pero se volvió inconstante. Yo pensaba en cosas no imposibles, no incomprensibles para él. Los aviones de reconocimiento ya no cruzaban el espacio. Hacía ya tiempo que estábamos muertos. Y todavía vivíamos. Podíamos seguir derritiendo nieve para apagar la sed hasta que ya no tuviéramos fuego y aún después —bajo las axilas, en las manos podíamos disolver nieve—. Bajo la capa blanca debía de haber musgos, tal vez escasos, pero presentes de cualquier modo. El musgo es comestible. Podríamos tener niños que se acostumarían al clima desde su nacimiento; que nunca sabrían de nada mejor. Pues tendríamos que permanecer aquí, en el lugar adonde la avioneta había venido a parar, en este punto sobre el blanco suelo nevado, marcado en todos los mapas con una crucecita invisible. Aquí era el comienzo, tierno, frío, sin retoños, immaculado, incorrupto.

Pero él hablaba de partir y de construir una cabaña de nieve sobre la llanura que él había descubierto en una de sus expediciones, porque allí nuestro fuego atraería de inmediato la atención de

los aviones que nos sobrevolaran.

El podía pisotear sobre la nieve un s.o.s. aún mucho más grande. Estaba junto a mí tendido sobre los trapos y cojines, la venda, con costras negras de sangre, todavía alrededor de su rostro cubierto de una barba sucia. Flaco. Platicando, *platicando*.

Cuando cerré los ojos se cimbraron los bosques hacia la cabina de mando, trémulos y blancos sacudiéndose su carga de nieve, listos para atraparnos, para engancharnos.

Las ramas rechinaron a lo largo de los costados y el fondo, las alas se rompieron como vanos cuchillos de madera. La nieve se aglutinó frente a las ventanas. Caímos silenciosamente en un hoyo sin fondo, un pozo de nieve. Su rostro seguía grave. Miraba directamente hacia adelante, eso era abajo ahora. Dobladitos en dos, hermanos mellizos, pegados uno contra el otro. Su rostro seguía sangrando y yo le arranqué la venda y entonces él intentó quitarme el hacha.

Yace junto a mí sobre las cubiertas de andrajos. Su rostro se ha convertido en una negra máscara pétrea y vidriosa. Irreconocible. Ríe. O grita. No me afecta, no me da miedo con eso.

Los fósforos se han terminado, ya no sé cuándo exactamente. No es fácil derretir nieve en las axilas. Es mejor amasar un fruto de nieve y comérselo. Aunque eso ya no sea necesario, ahora.

El termómetro indica 50° bajo cero ahora. Creo que eso es mucho frío. Desde que traigo puestas sobre las mías también sus ropas, ya no lo noto gran cosa. Mi pierna no acaba de curarse, se ha puesto negra y muy hinchada, blanda también, como si el hueso estuviera disolviéndose. La piel mantiene todavía unido el bulto. Ya no siento dolor.

El yace a mi lado extrañamente. Un obús sin estallar. El calor no se pierde, dijo. ¿Qué quería decir con eso? Así parece un muñeco, un muñeco de nieve copiado escrupulosamente de una persona real. Sólo la cabeza no está bien lograda, su forma no es bonita, y para la boca han usado un pedazo de carbón demasiado grande. Y faltan los brazos, en el lugar donde debían estar hay nada más muñones.

El silencio del bosque y el silencio de la nieve me adormecen. De vez en cuando tengo que reír en voz alta. Escucho mi voz que cada vez me parece más desconocida.

Soy feliz.

Hoy, temprano en la mañana hubo un ronroneo en el aire que parecía vagamente azul, un trémulo pedazo de papel de estaño. Un aeroplano que por un rato voló en círculos sobre el bosque. El piloto debe haber visto el s.o.s. sobre la llanura creca del barranco. En cuanto pueda caminar de nuevo la borraré. El frío produce somnolencia. Y el sueño hace que el apetito se reduzca a un mínimo. El clima es aquí el de un refrigerador y la conserva todo. Los muñones permanecen resacos y pulidos. Un corte transversal de arterias, tejidos, y tuétano. Frigidaire. Lo quiero mucho desde que ya no se mueve de aquí, no se interna en el bosque, no sube a la llanura.